



Documento III
Año I

LA SOCIEDAD ABIERTA Y SUS DESAFÍOS

www.cescos.org
[@CenterCescos](https://twitter.com/CenterCescos)
Centercescos@gmail.com

“Shackled” y “Despotic Leviathan” en acción: Taiwán y China continental frente al coronavirus

Por Pedro Isern

(Director Ejecutivo de CESCOS)

¿Cómo ha enfrentado China continental la aparición del coronavirus? Como una clásica dictadura: primero, negándolo y castigando aquellos que, como el oftalmólogo Li Wenliang, informaron de la aparición de un inédito problema sanitario. En segundo lugar, con una clara estrategia represiva, autoritaria y violenta desde arriba hacia abajo. En tercer lugar, obviamente, manipulando los números, como hacen todas las dictaduras, sobre todos los temas, en todo momento y en todo lugar. Si bien se intentó manipular y esconder la información, en China continental emergió el virus en noviembre-diciembre de 2019, habiéndose alcanzado hasta el momento (15 de marzo de 2020) allí un número (supuesto) de 80,849 casos con 3,199 muertes mientras que en Taiwán ha habido 59 personas contagiadas y un único muerto. El número de casos en el mundo es 169,354 con un total de muertos de 6,500. ¹

¿Cómo ha enfrentado Taiwán a la pandemia? Con una clara política pública y rol para el Estado, pero sin manipular la información y complementando las decisiones de arriba hacia abajo con incentivos para generar soluciones desde abajo hacia arriba, es decir, desde la sociedad civil hacia el aparato estatal. Por ejemplo, el New York Post ha informado que “Students at an elementary school in the southern Taiwanese city of Kaohsiung have found their own unique way to fight the coronavirus and stay ahead of the curve in epidemic prevention – an automated disinfectant dispenser built from Lego...Children ranging from six to 12 years old use every school break and any chance they can get to line up to use their self-built alcohol disinfectant robot that some of their peers have assembled under the guidance of their robotics coach. “Washing hands is super”, shouts a recorded voice after the dispenser senses a pair of hands in front of its ultrasonic sensor and dispenses alcohol disinfectant from a spray bottle by pulling back its handle with a motor and gearwheel mechanism.”

En este sentido, es necesario recurrir a la perspectiva comparada para notar que la clásica exigencia en la educación inicial y media que se refleja a lo largo de las sociedades orientales (como en Taiwán y en China continental) contribuye en un caso a la innovación, porque los niños no tienen miedo al gobierno si fracasan, mientras que en China continental el fracaso de jóvenes estudiantes en la elaboración de propuestas para enfrentar la crisis (esta u otra) podría ser percibido por las autoridades autoritarias como una forma de conspiración. Los estudiantes en China continental tienen miedo a innovar públicamente porque su fracaso no será percibido como parte de un proceso de aprendizaje sino como parte de un posible proceso conspirativo y, consecuentemente, podrían sufrir algún tipo de represión. En cambio, como demuestra este artículo, en Taiwán los jóvenes viven el error y fracaso como parte virtuosa de un proceso de aprendizaje. No sabemos si el “automated disinfectant dispenser” será una eficiente manera de lidiar con el virus pero sí sabemos que nadie percibirá un posible fracaso como una conspiración y, más aún, sabemos que tanto la sociedad civil como el aparato estatal celebrarán la vocación por innovar.

¹ - Fuente: <https://www.worldometers.info/coronavirus/>

¿Cómo se enfrenta una pandemia desde el aparato estatal y desde la sociedad civil? El aparato estatal privilegia lo colectivo por sobre lo individual, es decir, un supuesto bien común por sobre el bien individual. La sociedad civil, en cambio, ubica en pie de igualdad el bien colectivo y el bien individual. Este es un adecuado enfoque para marcar las profundas diferencias entre el manejo que han realizado de la crisis del coronavirus los gobiernos de China continental y Taiwán. El régimen continental ha utilizado la represión y la manipulación de la información para privilegiar lo colectivo por sobre la persona. Es decir, en su estrategia para la contención del virus, el régimen continental ha definido al individuo como una potencial amenaza. Por su parte, el gobierno de Taiwán ha involucrado a la sociedad civil para diseñar la estrategia contra la pandemia. Si bien es un asunto de salud pública vital, donde el aparato estatal de Taiwán ha definido los pasos a seguir, el papel de la sociedad civil es clave en la búsqueda de la innovación. A su vez, la innovación es un elemento central que tienen las sociedades para enfrentar la incertidumbre. Al involucrar a la sociedad civil como parte de la solución y no como parte del problema, se ha generado en Taiwán un círculo virtuoso de la confianza en tanto, como mencionamos, el aparato estatal no percibe conspiraciones en los potenciales errores de las personas cuando intentan desarrollar estrategias innovadoras para enfrentar distintos desafíos como, en este caso, el coronavirus.

En cambio, en China continental el ejercicio autoritario de la crisis hace que los intentos individuales para aportar soluciones sean percibidos como amenaza. Esto ha quedado ejemplificado con el fallecido oftalmólogo de Wuhan, Li Wenliang, quien informó a sus contactos de Wechat (un sistema similar al WA que se usa en China) sobre la existencia de un virus nuevo. Este accionar fue inmediatamente percibido por el régimen como una conspiración y no como una iniciativa individual y espontánea para informar y prevenir, es decir, para ayudar a su comunidad. La información es un input crucial en las sociedades abiertas y, por cierto, en las sociedades cerradas. Compartir información transparente es una condición necesaria para la innovación y deviene un círculo virtuoso que genera confianza en las sociedades abiertas incluso cuando los intentos de innovar fallan. Es decir, compartir la responsabilidad en el hipotético error es posible allí donde impera la confianza entre la sociedad civil y el aparato estatal. En cambio, en las sociedades cerradas las crisis profundizan los círculos viciosos de la desconfianza porque allí la persona es, siempre, un problema (en esta situación particular, el individuo es un problema en tanto vector o transmisor del virus) y, si los intentos de la sociedad civil por innovar fracasan, serán percibidos como un intento de opositores por desestabilizar al régimen. Aquella persona que, como el Dr. Li Wenliang, piensa y actúa por fuera de las pautas establecidas, no es percibido como alguien que quiere innovar para ayudar sino como un desestabilizador y, por lo tanto, una amenaza.

Por el contrario, los “Li Wenliang” en Taiwán no son solo permitidos sino celebrados. Más aún, no solo se incentiva a los “Li Wenliang” dentro de la comunidad médica y científica sino a lo largo de toda la sociedad civil, estimulando, como mencionamos, a los niños en la escuela sobre la posibilidad de pensar por fuera del standard tradicional.

Como sostiene en el diario “La Nación” la analista Inés Capdevila “Distanciamiento social, aislamiento obligatorio y vigilado, cuarentenas extendidas, tecnología de punta, transparencia informativa y testeo masivo son los ingredientes esenciales de las dos recetas de éxito contra el coronavirus hasta hoy: Taiwán y Corea...ambos previnieron y contuvieron con éxito. Corea del Sur realiza 20.000 testeos por día y tiene una app que deja saber a cada ciudadano la tasa de contagio del lugar donde está. Hoy el país, donde el coronavirus tiene una letalidad del 0,7% (baja) registró hoy más casos de curados que de infectados. Ya a principios de enero Taiwán, por su lado, puso toda su tecnología al servicio de la detección rápida y del aislamiento estricto (fue el primero en cortar todo lazo con China) con lo que contuvo el brote y hoy (13 de marzo de 2020) apenas tiene 49 contagiados y un muerto...Claro que ambos tienen un antecedente del que aprendieron mucho: la epidemia de Sars, también originada en China, en 2002 y 2003, que dejó miles de infectados y decenas de muertos en los dos países. Taipéi y Seúl rediseñaron, sobre la base de esa experiencia, su infraestructura de salud y de biotecnología”.²

Por su parte, el filósofo Daniel Innerarity sostiene que el coronavirus tiene poco que ver con el retorno de un Leviatán en forma de Estado-Nación. “Lo que vuelve como exigencia imperiosa es lo público, lo común, que no es lo mismo”. Ligado a ello, en el fascinante reciente libro, “The Narrow Corridor, States, Societies, and the Fate of Liberty”³, Acemoglu y Robinson tienen un punto para profundizar sobre la estabilidad en el tiempo de un “Despotic Leviathan” (China continental) versus un “Shackled Leviathan” (Taiwán). Su marco teórico nos ayuda a pensar que el avance de lo público para ser virtuoso debe (o debería) ir acompañado de una creciente articulación con la sociedad civil. Ello ha ocurrido en Taiwán, donde el éxito contra la contención del virus es una responsabilidad compartida entre el estado y la sociedad civil y no ha ocurrido en China continental, donde el supuesto éxito en la contención del virus tendrá como consecuencia un “Despotic Leviathan” más fortalecido versus una sociedad civil que sale de la coyuntura más controlada, más asustada y más penetrada por el aparato represivo.

Tanto China continental y Taiwán han sido hasta hoy (16 de marzo de 2020) exitosos en la contención del virus. Sin embargo, en el continente ha salido fortalecido el aparato estatal represivo y ha salido debilitada y atemorizada la sociedad civil mientras que el éxito en la contención del virus en Taiwán ha consolidado al “Shackled Leviathan”, es decir, ha fortalecido tanto al aparato estatal como a la sociedad civil. La diferencia entre una y otra experiencia es sustancial pero no evidente. Hacerlo evidente, explicitarlo, es una tarea posible y razonable para el futuro cercano. Como sostienen Acemoglu y Robinson la construcción de la confianza entre el estado y la sociedad es una condición necesaria para el bienestar pero lo es porque, precisamente, no puede ser planificada por los actores involucrados.

¿Son más eficientes las democracias o las dictaduras para lidiar con las emergencias? ¿Hay un trade-off (intercambio o compensación) en situaciones límites entre mayor eficiencia y menor respeto a los

² - Fuente: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/el-coronavirus-arrasa-pero-hay-algunas-razonesnid2343260>

³ - Penguin Press, 2019

derechos individuales? Estas dos preguntas son capciosas y tienen una trampa: la propia definición de eficiencia. ¿Qué es una resolución eficiente de un problema? ¿Encontrar una solución a cualquier costo o que esa solución se alcance respetando los derechos y libertades de las personas? Esta es una buena oportunidad para repensar la definición de eficiencia en relación a la crisis sanitaria del coronavirus pero también, por cierto, en relación a nuestra propia comprensión del sentido de la inédita prosperidad de la economía global en los últimos 30 años.

¿Por qué asumimos que existe un costo económico y sanitario en el respeto a los derechos individuales y no reparamos en el costo humano y ético que supone solucionar un delicado tema sanitario sin respetar los derechos individuales? Es necesario remarcar que en Occidente tomamos como un costo que en determinadas situaciones o coyunturas se deban respetar los derechos humanos pero, por otro lado, aceptamos que en dictaduras como China no se tome como un (evidente) costo la violación de los derechos humanos que se cometen (que en muchos casos significan la muerte) sistemáticamente para alcanzar objetivos económicos y, en este caso, objetivos sanitarios. Sabemos que respetar derechos humanos (por ejemplo, derechos laborales) genera costos pero, paso seguido, sistemáticamente remarcamos el “milagro económico chino” y la consecuente prosperidad sin reparar en el costo humano que ello ha conllevado. El costo oculto del milagro chino no solo tiene una dimensión económica sino fundamentalmente moral. Más aún, ese costo moral no es solo de la dictadura china sino, principalmente, nuestro. Somos nosotros, los habitantes del próspero Occidente, quienes no hemos sido capaces de reparar que el beneficio económico de una pujante China tiene un costo humano intolerable.

Más aún, frente a la China continental se encuentra la República de China en Taiwán. Una democracia donde se respetan los derechos humanos y la economía crece generando una real prosperidad. La real versus la ilusoria prosperidad es un tema de nuestro tiempo. Las experiencias contemporáneas comparadas de China y Taiwán nos sirven para explicitar esta cuestión de crucial importancia: no es cierto que el costo de un alto crecimiento económico sea la limitación de libertades y la violación de derechos. No es cierto que los occidentales debamos aceptar que “hay otras culturas” donde los “derechos se valoran de distinta manera” y donde hay un sentido colectivo que posterga lo individual y, consecuentemente, sea allí legítimo impulsar el crecimiento económico a cualquier costo (y, en esta coyuntura sanitaria que atraviesa el mundo, sea tolerable buscar solucionar el problema y acotar el alcance del virus a cualquier costo, independientemente éste sea un ejercicio brutal del poder de policía y la violación de derechos humanos elementales). Taiwán posee la misma cultura, tradición, historia y costumbres que aquellos que han llevado a cabo el supuesto “milagro económico” en la China continental pero en la isla no han necesitado violar derechos humanos para realizar otro milagro económico que, en este caso, es un milagro real porque la prosperidad es real cuando la persona puede elegir cómo vivir su bienestar y no cuando, como en la ilusoria prosperidad de China continental, el crecimiento es a costa de la persona, incluso de la propia supervivencia de las personas.

Las últimas dos décadas han sido excepcionales para la prosperidad pero en muchos casos decepcionantes para la libertad. ¿Por qué? Porque muchos han aceptado que hay una posible legítima relación entre un alto crecimiento y el ejercicio de la represión. Habría allí para muchos un trade-off en las economías emergentes (ejemplificadas por la experiencia de China continental) que fatalmente hemos tomado como inexorable: los países pobres necesitan orden para salir de la pobreza y nos hemos resignado a que 1) si queremos la plena vigencia de los derechos humanos tenemos que aceptar un mediocre desempeño económico ó 2) si queremos crecimiento económico tendremos que resignarnos a un orden autoritario impuesto que, llegado el caso, será represivo. Este nuevo sentido común que impera ha sido una victoria singular y silenciosa de la dictadura capitalista china que, en gran parte, Occidente ha aceptado o, al menos, no ha combatido.

Sin embargo, la experiencia taiwanesa refuta fácilmente esta ilusoria construcción discursiva de la dictadura china y de sus aliados alrededor del mundo: no es cierto que haya un tradeoff en los países emergentes entre mayor crecimiento económico y necesidad de represión o mayor debilidad del estado de derecho. No es cierto que en los países de ingresos bajos o medio-bajos el respeto a los derechos humanos suponga un costo económico tal que hará poco competitivos a esas economías en el mercado global. Taiwán refuta a China continental en todo, más aún, en la extendida y falsa creencia que sostiene que hay cuestiones culturales y trascendentales en el confucionismo que hacen que el individuo sea un actor irrelevante en una vida que solo tiene sentido colectivamente. No hay una única expresión de la idea de comunidad en Oriente y la experiencia taiwanesa refleja que dentro de la propia cultura china el respeto a los derechos individuales convive tanto con una idea de comunidad distinta a la de Occidente como con el crecimiento económico. El éxito de la experiencia taiwanesa desnuda la supuesta excepcionalidad del modelo de crecimiento de china continental.

La desigual distribución del ingreso es uno de las principales preocupaciones que han contribuido al malestar presente en las sociedades complejas. Un punto que se repite es que la apertura al comercio de China continental desde 1978 en adelante hizo crecer la economía alrededor de 10% por año, redujo la pobreza e, inexorablemente, profundizó la desigualdad a partir de la aparición de una casta de personas inmensamente ricas ligadas, obviamente, al partido comunista. La lectura que hemos escuchado en las dos últimas décadas es que el impactante crecimiento de la desigualdad ha sido una consecuencia no buscada pero inexorable de un modelo exitoso. El índice de Gini en 2016 en China ha alcanzado 0.46 y un reciente estudio mencionado por el profesor Osvaldo Rosales (autor del libro "El sueño chino") menciona que incluso podría alcanzar un inédito 0.56, un indicador catastrófico. Sin embargo, Taiwán ha vivido un notable crecimiento económico y la distribución del ingreso refleja un Gini (2012) de 0.32, es decir, una distribución mucho mas equitativa. ¿Por qué? La distribución del ingreso en china continental y Taiwán es otro mito reciente que es imprescindible desnudar.